

Y cada «mejor» íbalo diciendo en voz más alta hasta que al último se convirtió en un chillido agudísimo.

—Aquí hay algún error y... — empezó Alicia, pero la reina daba tales gritos que tuvo que interrumpirse.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! — gritaba la reina sacudiendo la mano como si quisiera desprenderse de ella —. ¡El dedo me sangra! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

Los chillidos eran idénticos al pito de un tren y Alicia tuvo que taparse los oídos con ambas manos.

—¿Qué pasa? — preguntó a la reina en cuanto tuvo la oportunidad de ser oída —. ¿Te has pinchado el dedo?

—¡Aún no! — gritaba la reina —. ¡Pero no tardaré en pinchármelo! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

—¿Y cuándo te lo vas a pinchar? — preguntó Alicia, conteniendo la risa.

—Cuando me abroche otra vez el chal — gemía la pobre reina —. ¡El broche se abrirá en seguida! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

En esto se le desprendió el chal y procedió presurosa a prendérselo de nuevo.

—¡Cuidado, ten cuidado! — exclamó Alicia —. Te lo pones mal.

E iba a ayudarla, pero era tarde. El alfiler resbaló y fué a clavarse en el dedo de la reina.

—Esto explica el que me sangrara antes — díjole ésta a Alicia con una sonrisa. ¡Ahora comprenderás cómo suceden aquí las cosas!

—¿Y por qué no gritas ahora? — preguntó Alicia levantando las manos para taparse los oídos.

—Porque ya grité antes todo lo que tenía que gritar — respondió la reina —. ¿Cuál sería la ventaja de hacerlo otra vez?

En estos momentos el cielo se empezaba a aclarar.

—Me parece que el cuervo se ha marchado ya — dijo



...¿era eso que estaba sentado detrás del mostrador una oveja?